

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



# Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

## El Cuervo

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones,  
sobre más de un raro infolio de  
olvidados cronicones  
inclinaba soñoliento la cabeza, de  
repente

a mi puerta oí llamar:  
como si alguien, suavemente, se  
pusiese con incierta  
mano tímida a tocar:

«Es—me dije—una visita que  
llamando está a mi puerta:

eso es todo y  
nada más!»



¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el  
crudo mes del hielo,  
y su espectro cada brasa moribunda  
enviaba al suelo.

Cuán ansioso el nuevo día deseaba,  
en la lectura  
procurando en vano hallar  
tregua a la honda desventura de la

muerte de Leonora,

la radiante, la sin par  
vírgen pura a quien Leonora los  
querubes llaman, hora  
ya sin nombre... ¡nunca más!  
Y el crujido triste, incierto, de las  
rojas colgaduras  
me aterraba, me llenaba de  
fantásticas pavoras,  
de tal modo que el latido de mi  
pecho palpitante  
procurando dominar,  
«es, sin duda, un visitante—repetía con instancia—  
que a mi alcoba quiere entrar:  
un tardío visitante a las puertas de mi estancia..  
eso es todo, y nada más!»  
Paso a paso, fuerza y bríos  
fue mi espíritu cobrando:  
«Caballero—dije—o dama:  
mil perdones os demando;  
mas, el caso es que dormía,  
y con tanta gentileza  
me vinisteis a llamar,  
y con tal delicadeza  
y tan tímida constancia  
os pusísteis a tocar,  
que no oí»—dije—y las puertas  
abrí al punto de mi estancia;  
¡sombras sólo y...



nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo  
empeños,

quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;  
más profundo era el silencio, y la calma no acusaba  
ruido alguno... Resonar

sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella  
hora

yo me puse a murmurar,

y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora...!

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia,  
pronto oí llamar de nuevo,—esta vez con más violencia,  
«De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;  
pues, veamos de encontrar

la razón abierta y llana de este caso raro y serio,  
y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante, y aclaremos el misterio...

—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño  
entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto,  
con aspecto señorial,

fué a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta  
de mi puerta el cabezal;

sobre el busto que de Palas la figura representa,  
fué y posóse—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza  
con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;

y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro

no eres cuervo nocturnal,  
viejo, infausto cuervo obscuro, vagabundo en la tiniebla...

Díme:—«¿Cuál tu nombre, cuál  
en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho,  
si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;  
pues preciso es convengamos en que nunca hubo  
criatura

que lograrse contemplar  
ave alguna en la moldura de su puerta encaramada,  
ave o bruto reposar  
sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada,  
con tal nombre: «¡Nunca más!».

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella,  
sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella  
vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento  
se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han  
marchado,

y la aurora al despuntar,  
él también se irá volando cual mis sueños han volado.»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido,  
«no hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;  
aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte  
persiguiera sin cesar,

persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su  
duelo,

sus canciones terminar

y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo  
de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa,  
mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la  
cornisa;

luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía  
dime entonces a juntar,

por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso  
de un pasado inmemorial,

aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso  
al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé a questo investigando frente al cuervo, en honda  
calma,

cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.

Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo  
me empeñaba en descifrar,

sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella  
luminosa mi fanal—

terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá élla  
a oprimir—¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire, entonces,  
por incógnito incensario

que un querube columpiase  
de mi alcoba en el santuario,

perfumado—«Miserable sér—me dije—Dios te ha oído,  
y por medio angelical,

tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora  
te ha venido hoy a brindar:

¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende,  
mas profeta al fin, ya seas  
ave o diablo—ya te envíe  
la tormenta, ya te veas  
por los ábregos barrido a esta playa,  
desolado  
pero intrépido a este hogar  
por los males devastado,  
dime, dime, te lo imploro:  
¿Llegaré jamas a hallar  
algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?»  
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»  
«¡Oh, Profeta—dije—o diablo—Por ese ancho combo velo  
de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo  
a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida,  
presa infausta del pesar,  
sí jamás en otra vida la doncella arrobadora  
a mi seno he de estrechar,  
la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!»  
Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»  
«Esa voz,  
oh cuervo, sea  
la señal  
de la partida.  
grité alzándome:—¡Retorna,  
vuelve a tu hórrida guarida,  
la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...  
de tu horrenda falsedad  
en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El busto deja!  
¡Deja en paz mi soledad!

¡Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma  
aleja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura,  
sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...  
y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo,  
las visiones ve del mal;  
y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca  
su ancha sombra funeral,  
y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca  
se alzaré... nunca jamás!